

ÁGUILA REAL

símbolo vivo de México

Fulvio Eccardi • Silvia Trejo • Leonardo López Luján • Salvador Rueda Smithers
José Ignacio Aldama • Leticia Mendoza • Rafael Muñoz Saldaña
Carolina Hartmann • Luis Felipe Lozano



*Se ha puesto todo el empeño en la localización de los propietarios de copyright.
Los editores rectificarán en ediciones futuras cualquier error u omisión que se les notifiquen.*

Primera edición, 2010

D.R. © 2010, GAIA EDITORES, S.A. DE C.V.
Avenida Primero de Mayo 249, colonia San Pedro de los Pinos
C.P. 03800, México, D.F.
gaiaeditores@gmail.com

D.R. © 2010, INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA
Córdoba 45, colonia Roma,
C.P. 06700, México, D.F.
sub_fomento.cncpbs@inah.gob.mx

ISBN 978-607-7794-03-5 (lujó)
ISBN XXX-XXX-XXXX-XX-X (rústica)

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de los editores, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor, y en su caso de los tratados internacionales aplicables, la persona que infrinja esta disposición, se hará acreedora a las sanciones legales correspondientes.

La reproducción, uso y aprovechamiento por cualquier medio de las imágenes pertenecientes al patrimonio cultural de la nación mexicana, contenidas en esta obra, está limitada conforme a la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas y la Ley Federal del Derecho de autor. Su reproducción debe ser aprobada previamente por el INAH y el titular del derecho patrimonial.

Producción editorial de Gaia Editores, S.A. de C.V.

Forma sugerida de citar este libro:
ECCARDI, FULVIO (ed.), *Águila real, símbolo vivo de México*,
Gaia Editores/Instituto Nacional de Antropología e Historia/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes,
México, 2010.

Impreso y hecho en México

DIRECCIÓN EDITORIAL Y FOTOGRAFÍA

Fulvio Eccardi

COORDINACIÓN DE PRODUCCIÓN

Leticia Mendoza

DISEÑO GRÁFICO, FORMACIÓN Y RETOQUE DIGITAL

Renato Flores

INVESTIGACIÓN DE CAMPO

Carlos Carrillo

ASISTENTES DE CAMPO

**Luis Gerardo Landa
Máximo Márquez
Israel Cárdenas**

ENTRENADOR DE AVES RAPACES

Diego Rodríguez

TEXTOS DE PIE DE FOTOGRAFÍA

**Leticia Mendoza
Adriana Cataño
Fulvio Eccardi**

ANTOLOGÍA DE CITAS

Rafael Muñoz Saldaña

REVISIÓN DE TEXTOS

Adriana Cataño

ASISTENTE EN INFORMACIÓN DOCUMENTAL

Armandina Monroy



El águila real (*Aquila chrysaetos*) es usada por primera vez como emblema en una bandera en 1811, en el estandarte enarbolado por José María Morelos y Pavón en la lucha por la Independencia. Ya consumada la gesta independiente, Agustín de Iturbide manda imponerle una corona imperial, misma que es retirada en 1823, en la que el emblema del águila se mantiene relativamente sin cambios hasta el día de hoy como símbolo patrio.

Sirva esta apretada reseña para resaltar la importancia que este símbolo ha tenido a lo largo de nuestra vida, tanto privada como nacional. Si bien cumplimos 200 años de iniciado nuestro camino soberano, el águila real ha sido un referente indispensable, en señal que nos recuerda que, a pesar de cambios y diferencias, todos compartimos la milenaria historia de nuestro pasado prehispánico.

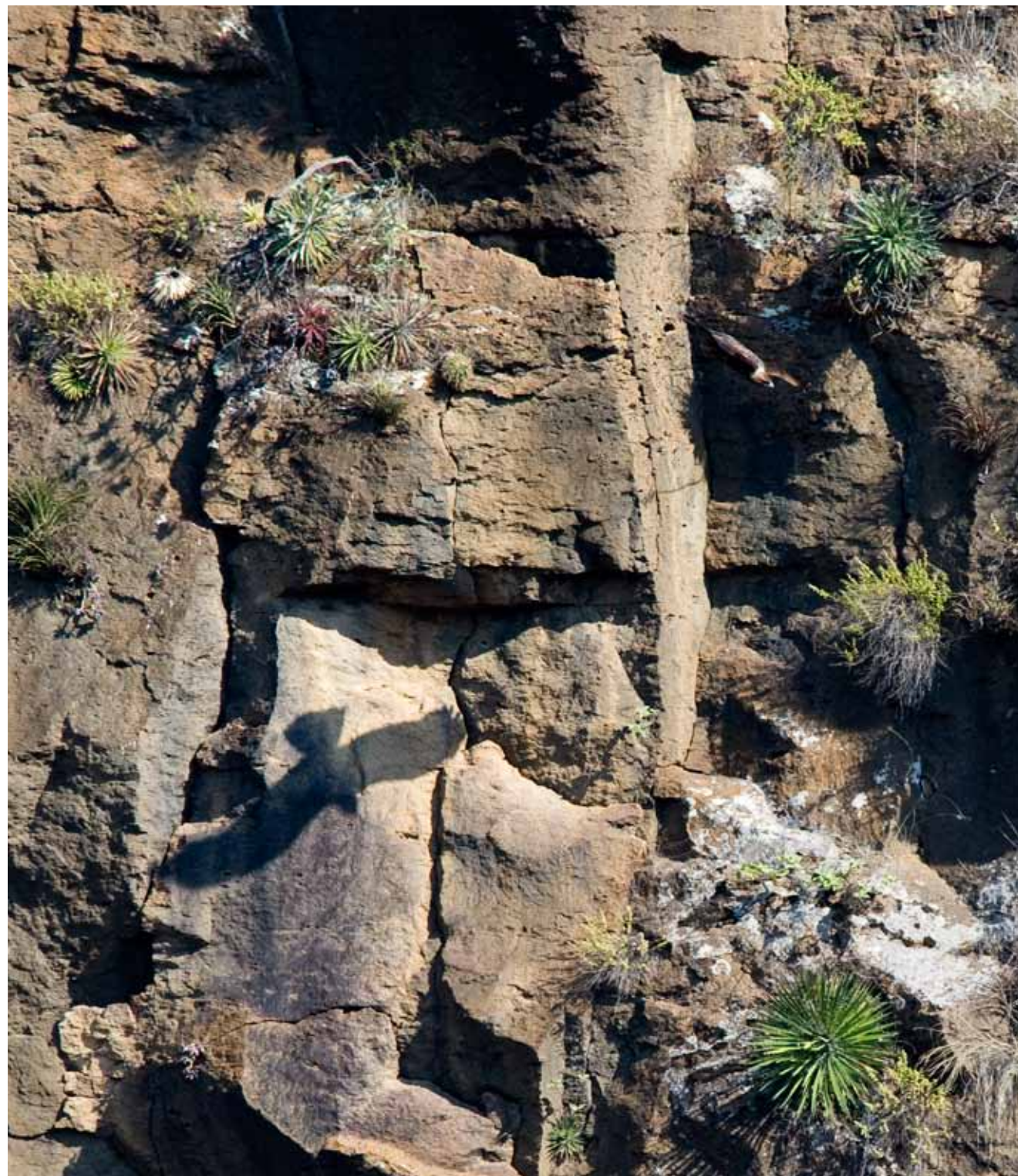
Como epifanía de Huitzilopochtli, el águila real pasó de ser un símbolo mexicana de la fundación de Tenochtitlan en 1325, para convertirse en el emblema del último gran Imperio de la civilización mesoamericana, antes de la Conquista española. Recordemos que para el Virreinato, salvo la notable excepción de algunos sabios, los pueblos precolombinos fueron poco más que bárbaros, que merecían ser conquistados y civilizados por la Corona.

Durante el siglo XVIII, y como parte de un movimiento cultural y de un proyecto intelectual, se comenzó a reproducir a nivel popular al águila real en distintos motivos, como medio de representar la capital de la Nueva España y de colocar al pasado precolombino como un horizonte que hermanaba a los pobladores nacidos en el territorio.

La recuperación por parte de intelectuales criollos de las culturas prehispánicas, de forma señalada del águila, sería parte de un ejercicio de imaginación para pensar al territorio y a sus habitantes como una realidad distinta de la europea, con una historia y mitología propias. No es extraño, entonces, que llegado el momento, el águila real sirviera a la población criolla como estandarte para reivindicar su identidad mexicana y como piedra de toque para diferenciarse de España, lo que desembocaría, posteriormente, en la Lucha por la Independencia.

Sirva este hermoso libro como una forma gozosa en la que los mexicanos, en este año de nuestros centenarios, recordemos la necesidad de proteger a esta imponente ave, cuyo vuelo ha señalado, desde hace siglos, los derroteros de nuestra historia.

ALFONSO DE MARIA Y CAMPOS
Director General
Instituto Nacional de Antropología e Historia



Saber que en la actualidad se registra la existencia de sólo unas setenta parejas de águila real en México nos invita a reflexionar sobre la posibilidad de que en un futuro cercano esta rapaz pueda extinguirse en nuestro país. ¿Estamos dispuestos a perder para siempre a nuestro símbolo nacional? En respuesta a esta inquietud, durante los últimos tres años hemos trabajado en el proyecto de comunicación, conservación y cultura *Águila real, hombre y naturaleza*, que busca contribuir a la supervivencia de esta ave y sensibilizar a la población sobre su significado e importancia para México.

Como una de las acciones medulares de nuestra iniciativa se estableció el Fondo para la Conservación del Águila Real, que opera bajo la supervisión del Fondo Mexicano para la Conservación de la Naturaleza, A.C., y con recursos provenientes de los sectores público y privado busca garantizar que se lleven a cabo las acciones estratégicas necesarias para evitar la extinción de la especie.

En este libro, parte fundamental del proyecto, se describe al águila real desde distintas perspectivas. Destacan, entre ellas, la biológica, la histórica y la cultural; también se esbozan algunas iniciativas para su conservación, basadas en las experiencias exitosas de otros países. Los textos y recuadros son breves y sustanciosos, están escritos por especialistas en diversas disciplinas que comparten la fascinación por esta especie. Las numerosas fotografías, inéditas en su mayor parte, conforman un discurso visual paralelo al texto que acerca al lector a su mundo.

Que estas páginas sean una invitación a conocer, reconocer y admirar al águila real, soberana del cielo; un llamado a impulsar su conservación por su dignidad y belleza, pero también por ser el símbolo vivo de México. Ella, mejor que nadie, expresa la posibilidad, siempre abierta, de que la nación y cada una de las personas que la habitan superen sus dificultades, cobren el impulso necesario y se eleven por las alturas de un generoso futuro de oportunidades de vida para todos los mexicanos.

CONTENIDO

12 DESCUBRIR AL ÁGUILA REAL



26 NACE UN MITO



46 LECTURAS DE UNA HISTORIA



66 ENTORNO Y PATRIMONIO



88 MAESTRA DEL VUELO



118 PRESENCIA EN LA CULTURA POPULAR



138 RESCATE DEL SÍMBOLO VIVO



158 BIBLIOGRAFÍA Y CRÉDITOS

162 DETRÁS DE CÁMARAS



Viejas encinas clavan
visibles garras
en la ríscosa escarpa
de la montaña:
parecen vastas
y desprendidas patas
de inmensas águilas.

—Fragmento del poema Paisaje,
de Salvador Díaz Mirón (1853-1928)



En la página 18

Este cuauhxicalli, "recipiente o cajete del águila" en náhuatl, fue hallado recientemente en las excavaciones del Templo Mayor. Originalmente tenía en el lomo una horadación en forma de cajete para recibir los corazones de los sacrificados. Muestra esculpidas las plumas y una enorme pata sobre su costado derecho.

Las águilas inmovilizan a sus presas con sus fuertes garras y a menudo empiezan a comérselas vivas hasta que sucumben por hemorragias o fallas en sus órganos vitales.

El águila real emplea su aguda visión y su gran destreza en el vuelo de planeo para hallar a su presa. Una vez que la localiza, se deja caer en picada a unos 200 kilómetros por hora. Por lo común la mata al instante con sus grandes patas y garras que ejercen una fuerza de 52 kg por cm^2 , valiéndose también de sus desarrollados músculos que van en paralelo a la tibia y al tarso. En las aves, los huesos de las patas son los más pesados de su esqueleto y mantienen bajo el centro de gravedad, lo que facilita su vuelo. Su filoso talón llega a medir más de seis centímetros, el tamaño promedio de un dedo meñique humano. Las almohadillas de sus patas poseen unos corpúsculos extremadamente sensibles a las vibraciones que provocan que las garras se cierren sobre la presa al primer contacto.

Todas las aves caminan sosteniéndose sobre sus patas. Por su particular estructura esquelética, lo que aparenta ser la rodilla es en realidad el tobillo, que se dobla exactamente de la misma manera que el del ser humano. Las patas del águila real están cubiertas con plumas que le sirven para mantener calientes estas preciadas extremidades: sus armas de cacería.



Todo género de águila, cría y hace nido en las sierras muy altas, en los riscos que no se pueden subir, y para cazarlas usan de este ensayo. Toman un chicuite grande de cañas o palmeras, métensele en la cabeza, y comienza a subir el cazador por el risco arriba con su chicuite metido en la cabeza: de que llega cerca de donde está el águila, abate al cazador, y ase el chicuite con las uñas, y llevale asido por el aire y pensando que lleva al hombre súbese muy alta y dejale caer, y descende sobre él golpeándole; entre tanto el cazador tómale los hijos y vase con ellos...

—Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, tomo III, *Imprenta del Ciudadano Alejandro Valdés, México, 1830*, p. 189



Tres láminas del Códice Florentino: un nido de águilas, libro XII, f. 46v.; un totocalli o casa de las aves, libro VIII, f. 30v.; y una piel de águila a los pies de dos dignatarios, libro IV, f. 71v.

La diosa Cihuacóatl-Quilaztli, ataviada de águila, está relacionada con el sacrificio como lo muestran su boca descarnada y los cuchillos que rematan las puntas de sus alas, su cola y su falda. Era una de las divinidades que precedían el tonalpohualli, calendario ritual adivinatorio (lámina 15 del Códice Borbónico).



En el Códice Borgia se encuentra la imagen del águila posada sobre un esquemático nopal, mitad anaranjado y mitad gris, que surge de la yacente diosa de la tierra, Tlaltecuhli. El águila despliega sus alas, y en las plumas erizadas de su cabeza y su cola ostenta cuchillos de pedernal (Códice Borgia, lámina 50, Biblioteca Apostólica Vaticana).

El águila real sobrevivió y se multiplica. Lo ha hecho desde el fondo del tiempo, a pesar de las catástrofes naturales que dan ritmos a la vida en la Tierra. Pero sobre todo, paradójicamente y con mayor contundencia dado su carácter implacable, ante la destrucción que la reverencia de una civilización le profesó en el pasado y ante la indolencia moderna por el medio ambiente. El ave que se comparó con el sol debió soportar, sin rendirse y desaparecer, a la depredación de nidos y hábitats, a obsesiones ancestrales que buscaron las plumas como mercancía sagrada o como tributo a distantes señores y dioses, y como propósito en las cíclicas aventuras sagradas de chamanes y dirigentes espirituales del ya centenario cristianismo mezclado en su búsqueda de reliquias y herramientas divinas. Después, para vergüenza de nuestra generación y muchas veces sin siquiera la explicación del equilibrio del universo como motor, la caza y el simple descuido cercaron su mundo. Irónicamente, a despecho de las negligencias, el águila-signo de lo mexicano creció y se revaloró, pasó de ser singular tótem urbano a imagen que cobija a una nación: en los últimos cuatrocientos años adquirió atributos heráldicos civiles, religiosos y militares, se le ha representado como conjunción armónica del mito originario azteca y el pacto con la divinidad única cristiana.

Como emblema urbano y tribal hay ejemplos históricos del siglo XVI que revelan una inquietante distinción remota entre los mexicanos de Tenochtitlan y los de Tlatelolco: en el libro XII del Códice Florentino, el *tlacuilo* de fray Bernardino de Sahagún señaló a Tenochtitlan con el glifo del nopal mientras que a Tlatelolco le asignó el águila. Un poco antes, el dibujante del Códice Osuna señaló a los mexicanos en su expedición a Florida con un guión cuyo emblema era el águila sobre el nopal. Sin saberse cuándo, pero con seguridad tempranamente, esculpido en un escudo heráldico de la capital del Reino de la Nueva España el águila indígena se representó con el *atl-tlachinolli* –el agua y fuego de la guerra anterior a la Conquista–; el ave se posa, dominante, sobre el círculo que representa al orbe. Desde el siglo XVII hasta el último tercio del XVIII, la figura del águila sobre el nopal devorando a la serpiente, en latón dorado, coronó la fuente de la plaza principal. Desplazada por el gusto neoclásico, adornó la fuente de Santo Domingo, conocida popularmente como la del “Aguilita”.

Una síntesis del mundo novohispano es esta representación del orbe cristiano y sobre él un águila con el atl-tlachinolli, grabada en una lápida que se piensa perteneció al primer convento franciscano en México.



El águila real en distintas aplicaciones:
 a) Caja para puros decorada de filigrana de oro y plata que celebra la conclusión de los trabajos del ferrocarril que unió a la ciudad de México con el puerto de Veracruz, 1873.
 b) Bolsa de seda blanca, bordada con chaquira y un broche de latón; en una de sus caras aparece el escudo nacional y en la otra el gorro frigio, ca. 1845. c) Cartuchera: trabajo mexicano en cuero con aplicaciones de cobre, latón y madera, ca. 1860. d) Molde en metal del Escudo Nacional, siglo XX. e) Medalla conmemorativa con la imagen de Guadalupe Victoria en el anverso, siglo XIX. f) Sello de la Prefectura y Comandancia de Xochimilco, siglo XIX.





A fines de marzo nacen los polluelos. En un principio están recubiertos de un plumón corto, escaso y grisáceo, pero a la semana lo reemplazan por uno blanco y más tupido. Durante su primer mes de vida aún no son capaces de despedazar la comida y dependen totalmente de su madre que los alimenta en el pico uno a la vez y con sumo cuidado.



¿Cómo podemos monitorear, proteger e incrementar la población de águila real en México? Cualquier estrategia efectiva para la recuperación y conservación de esta especie tiene que concebirse en el largo plazo y estar basada en diversas iniciativas, mismas que se han llevado a cabo de manera exitosa en varios países en las últimas dos décadas. Sería necesario, por ejemplo, identificar sus territorios, tanto los nuevos como los históricos, y monitorear los nidos, sobre todo los que se localizan cerca de algún poblado. Si se plantara maíz o sorgo en lugares estratégicos y se dejara que las cosechas alimentaran a las ardillas de tierra, conejos y liebres que son presa de las águilas, se garantizaría la disponibilidad de sustento. Sería muy útil colocar radios satelitales en algunos aguiluchos para vigilar sus desplazamientos en los primeros cinco años de vida antes de entrar a la edad adulta, conseguir pareja y establecer su territorio. Para incrementar la población y el porcentaje de supervivencia de los recién nacidos, por ejemplo cuando hay dos pollos en el nido antes de

En la temporada 2009-2010 en la región del sur de Zacatecas y norte de Jalisco se monitorearon 12 nidos: eclosionaron 19 huevos y se perdieron 10 pollos debido al cainismo.

que se dé el fenómeno del cainismo –que ocurre cuando el primer nacido mata al segundo–, se podría retirar al pequeño para criarlo sin improntarlo y después liberarlo, es decir, promover una “crianza campestre”. Mediante acuerdos gubernamentales se podrían traer ejemplares de Canadá y Estados Unidos para su reintroducción en territorio nacional. En otro frente de acción, habría que informar a los propietarios de tierras ganaderas, que albergan alguna porción del territorio de águilas reales, de las ventajas de incluir sus ranchos en el esquema de “conservación de tierras privadas”, que les ofrece potenciar los usos productivos de sus predios y a la vez conservar a perpetuidad los atributos naturales, escénicos, culturales, recreativos o ambientales. Finalmente, habría que integrar la participación de los sectores público y privado en torno a un novedoso proyecto de conservación del patrimonio biológico y cultural de los mexicanos, y al mismo tiempo informar y sensibilizar a la sociedad acerca de la importancia del águila real.



ACERCA DE LOS AUTORES

José Ignacio Aldama González

Economista de formación, hijo y nieto de anticuarios, José Ignacio Aldama continuó la tradición familiar iniciada por su abuelo, Francisco González de la Fuente, fundador de Galerías La Granja, un ícono del anticuariado en México. En 1991 se incorporó a Galerías La Cartuja, casa establecida décadas antes por su padre, José Ignacio Aldama Miñón, desde donde editó varios ensayos sobre artes decorativas de la Colonia, como *Taracea* y *marquetería en la Puebla de los Ángeles, del barroco al neoclásico* y *Trabajos mexicanos de carey, siglos XVII y XVIII*. Tres generaciones de marchantes de arte han contribuido a enriquecer importantes colecciones como la Franz Mayer o la del Banco Nacional de México, entre muchas otras de carácter privado. Además de La Cartuja, actualmente dirige Aldama Fine Art, un foro para la plástica contemporánea que difunde expresiones plurales de creadores mexicanos e internacionales, orientando al coleccionista moderno en la consolidación de un patrimonio visual.

Fulvio Eccardi Ambrosi

Biólogo y fotógrafo nacido en Italia y naturalizado mexicano. Se ha dedicado desde hace más de treinta años a registrar la biodiversidad de México, así como a la investigación y difusión de temas de la naturaleza y la conservación de sus recursos. Es editor y coautor de varios libros y dirigido diversos documentales relacionados con la vida silvestre y el manejo de los recursos naturales. Desde 1995 es editor del boletín *Biodiversitas* de la Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad y actualmente es presidente del Fondo de Conservación El Triunfo. En los últimos tres años se ha entregado al estudio y documentación fotográfica del águila real en la región montañosa de Zacatecas y Jalisco. A lo largo de su carrera ha formado un archivo de más de 500 mil fotografías al servicio de la divulgación científica y cultural.

Carolina Hartmann González

Es zootecnista por la Universidad Nacional de Colombia, con línea de profundización en fauna silvestre, y tecnóloga en gestión de recursos naturales. Ha participado en varios proyectos de investigación enfocados en la reproducción, el mantenimiento en cautiverio y la conservación de diferentes especies de aves amenazadas, incluyendo el cóndor andino, crácidos, psitácidos y paserinos, y ha publicado diferentes textos sobre estos temas. Es experta en nutrición de fauna. Trabaja desde 2009 como curadora de aves en Africam Safari, donde coordina los programas de reproducción y conservación de especies de aves amenazadas.

Leonardo López Luján

Doctor en arqueología, Université de Paris X-Nanterre. Ha sido investigador huésped de las universidades de Princeton y Harvard. Actualmente es investigador del Museo del Templo Mayor y director del Proyecto Templo Mayor del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Ha publicado más de 140 títulos entre libros, artículos, guías y reseñas. Entre otras distinciones ha recibido el Kayden Humanities Award de la Universidad de Colorado (1991); los Premios 1992, 1996 y 2007 del Comité Mexicano de Ciencias Históricas; el Premio Alfonso Caso 1998 del INAH; el Premio de Investigación 2000 en Ciencias Sociales de la Academia Mexicana de Ciencias; las becas Guggenheim y Dumbarton Oaks.

Luis Felipe Lozano Román

Es biólogo egresado de la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Cuenta con estudios de maestría en conservación y gestión de la naturaleza en la Universidad Internacional de Andalucía, España. Ha tomado diversos cursos relacionados con la conservación de la biodiversidad a nivel local, nacional e internacional. Promovió la protección legal del Cerro de Juan Grande y el Cerro del Muerto en Aguascalientes. Es autor y coautor de los libros *Águila real, el símbolo nacional de México en riesgo*, *Catálogo de especies en riesgo y prioritarias del estado de Aguascalientes*, *La biodiversidad de Aguascalientes. Estudio de estado y Guía de aves de la presa El Cedazo*.

Leticia Mendoza Rueda

Es licenciada en administración de empresas turísticas, por la Universidad Anáhuac del Sur, en donde coordinó en 1986-1987 el Diplomado en Desarrollo del Empresario. En 1988 conoció el mundo de la fotografía, la edición y la impresión, y desde entonces se desempeña como administradora de proyectos editoriales. Su primera participación fue en el libro *La historia de México a través de la indumentaria*, que obtuvo el premio Juan Pablos al arte editorial. Fue editora y fundadora de la *Guía turística Concierge*, directora de operaciones del banco de imágenes digital Vsual.com y curadora de las exposiciones fotográficas de Fulvio Eccardi, entre las que destaca *México naturaleza viva*. En 2006 hizo realidad un sueño y finalmente constituyó su propia empresa: Gaia Editores.

Rafael Muñoz Saldaña

Es licenciado en filosofía, con mención honorífica, por la Universidad Nacional Autónoma de México. Fue editor de la *Enciclopedia de México en CD ROM* y de la *Enciclopedia Oceano de México*. Es coautor de los libros *Ciudad de México* (Lunwerg, 2008) y *México: valor de origen* (2007, en colaboración con Fulvio Eccardi) y autor de cinco volúmenes de la serie Vivir los Valores (Fundación Televisa 2006-2010), así como de los tres libros conmemorativos de la Independencia y la Revolución publicados por Editorial Televisa (2008-2010). Tras desempeñarse como gerente editorial de Encyclopaedia Britannica Publishers ha colaborado en *National Geographic*, *Muy Interesante*, *Maxim*, *Conozca Más* y *Libros de México*, y en los periódicos *Excelsior*, *Ovaciones* y *El Universal*. Actualmente prepara un volumen monográfico sobre *El gato con botas*.

Salvador Rueda Smithers

Es licenciado en historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México y estudió maestría en estudios de arte por la Universidad Iberoamericana. Fue investigador titular "C" de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia de 1977 a 2005, y director de la misma institución durante el periodo 1995-2002. Ha sido miembro del consejo editorial de varias revistas de difusión del conocimiento del hombre en el pasado, como *Historias*, Dirección de Estudios Históricos del INAH, y *Relatos e Historias* de Editorial Raíces. Ha publicado diversos artículos; es coautor de varias obras y autor de una decena de libros, como *El diablo de la Semana Santa. Discurso político y orden social en la Ciudad de México en 1850*; *Pinceles mexicanos: tres mil años de historia* y *El paraíso de la caña*. Desde 2005 es por segunda ocasión director del Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec, cargo que durante el periodo 1990-1992 desempeñó por primera vez.

Silvia Trejo Campos

Realizó estudios de arte y arqueología en Roma, Italia. Es licenciada en historia del arte por la Universidad Iberoamericana; realizó sus estudios de maestría en historia del arte en la Universidad Nacional Autónoma de México y es doctora en antropología por la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Es investigadora y profesora de arte y mitología mesoamericanos, temas sobre los que ha publicado tres libros y numerosos artículos. Fue directora de las Mesas Redondas de Palenque, de las cuales editó tres libros; también inició las Mesas Redondas de Monte Albán, ambas dependientes del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Es especialista en las culturas maya, mexica, huasteca y tolteca. Ha sido curadora de varias exposiciones de arte prehispánico en México y en el extranjero.

CRÉDITOS

Instituto Nacional de Antropología e Historia-Conaculta, México	
Saint Louis Art Museum, Missouri, Estados Unidos	
Besote de oro mixteco. Postclásico tardío. Catálogo: 275:1978	
Metropolitan Museum of Art, Nueva York, Estados Unidos	
Museo del Templo Mayor-Conaculta, México	
Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec-Conaculta, México	
Palacio Nacional, México	
	
Museo Rafael Coronel, Zacatecas, México	
Dirección de Actividades Cinematográficas, UNAM	
Archivo fotográfico del Consejo Mundial de Lucha Libre	
Herederos de Leopoldo Méndez	
Dirección General del Patrimonio Universitario, UNAM	
TODAS LAS FOTOGRAFÍAS SON DE FULVIO ECCARDI	
Carlos Blanco/Arqueología Mexicana/Raíces	
Marco Antonio Pacheco/Arqueología Mexicana/Raíces	
Michel Zabé	
José Ignacio Aldama	
Pablo Ortiz Monasterio	
Salvador Torres	
Marco Antonio Pacheco	
Latinstock México	
Manfred Meiners	
Rurik List	
Dave Bonta	
Leticia Mendoza	
Juan Vargas	
Santiago Gibert	
Juan Cornejo/Africam Safari	
Luis Felipe Lozano	

FOTOGRAFICOS

18, 25, 27, 29, 30, 31, 33, 34, 37, 38-39, 41
28
40
42 (izquierda y derecha), 43, 45
47, 48 (izquierda y derecha), 49, 50, 51 (a, b, c, d, e, f), 52, 53, 54, 55 (izquierda y derecha), 56, 57
58-59, 60-61
119, 124
120
126 (izquierda y centro)
126 (derecha)
131
136-137
CON EXCEPCIÓN DE LAS SIGUIENTES:
29
30 (derecha y abajo), 31, 37
38-39
62, 63 (izquierda y derecha), 64 (izquierda y derecha), 65
83
94, 96 (izquierda y derecha), 97
122
125, 141, 142 (arriba y abajo)
127
143
145 (arriba, izquierda y derecha, y abajo)
146 (arriba)
146
147, 148-149
150 (izquierda y derecha), 151
152



Por medio de radios portátiles se mantiene un constante contacto entre el escondite y los otros observadores que dominan el paisaje y vigilan desde lejos los movimientos de las águilas. En las largas horas de espera se escriben apuntes o se revisan las imágenes digitales. Si el tamaño del escondite lo permite se pueden tomar fotos y videos al mismo tiempo.

rápida, por ello es necesario que la cámara esté equipada con motor; la mía dispara nueve fotogramas por segundo.

Dependiendo del tamaño de cada escondite podíamos ocuparlo dos o incluso tres personas; pasábamos ahí todo el día, encerrados durante horas interminables hasta que entraba la noche. En ocasiones dos ayudantes se instalaban lejos, a uno o dos kilómetros de distancia, escondidos en un lugar donde dominaran el paisaje y divisaran el escondite. Usando un radio portátil nos advertían de los movimientos de las águilas, ya que estando dentro del escondite el ángulo de visión es muy limitado; hay que estar siempre alerta, ya que cuando se presenta la acción, sucede de improviso y dura unos cuantos segundos. Muchas veces transcurren largamente varios días sin que haya una escena que merezca la foto. Aun en esas incómodas situaciones logro relajarme y entrar en un estado de meditación y paciente espera sin perder la concentración; en jornadas afortunadas he llegado a tomar hasta 700 fotos en unas horas.

Fue al mediodía y en primavera la primera vez que vi al águila de cerca, estaba a escasos 15 metros de mi escondite. Aterrizó allí porque había divisado a un animal muerto. Recuerdo que unos segundos antes de que tocara suelo se percibió en el ambiente un respetuoso silencio. Luego se escuchó claramente cómo con sus alas abiertas cortó el aire para frenar y detenerse, aterrizó, se reincorporó y después caminó hacia la presa. Empecé a disparar la cámara con emoción. En la quietud de aquel momento sólo se escuchaba el sonido metálico del obturador y vimos que el águila volteó varias veces la cabeza buscando del lado opuesto al escondite. Supe entonces que nuestro refugio había funcionado, seguramente el águila nunca antes había escuchado semejante sonido. Desde aquel día comencé a utilizar el *blimp*, un forro especial que recubre la cámara y parte de la lente y permite un desempeño silencioso. Sin duda, un aprendizaje más en el arte de querer ser invisible a la mirada del águila real.